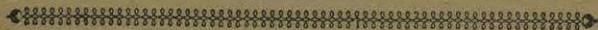


actividad; pues por ella, el sujeto se da cuenta á sí propio explicita ó implícitamente de la afeccion experimentada.



CAPÍTULO XIV

SE EXAMINA SI ES POSIBLE LA ACTIVIDAD CORPÓREA.

148. Señalado el límite de nuestro conocimiento intuitivo con respecto á la causalidad y á la actividad, resultan desvanecidos los argumentos que puedan objetarse á la causalidad secundaria, aprovechándose de la confusión de las ideas intuitivas con las indeterminadas; pero falta todavía examinar si hay verdaderas causas segundas, esto es, si se halla realmente en los seres finitos un principio de las mudanzas propias ó ajenas. No han faltado filósofos, y entre ellos el ilustre Malebranche, que han negado á las causas segundas toda eficacia, reduciéndolas á méras ocasiones. El autor de la *Investigacion de la verdad* se adelanta á sostener que la causalidad secundaria no solo no existe, sino que es imposible.

149. Dos especies de seres se nos presentan en el universo, los inmatereales y los corpóreos: ambas ofrecen dificultades particulares que conviene examinar por separado. Comencemos por la materia. Se dice que la materia es incapaz de toda actividad, que por su esencia es indiferente para todo, que es susceptible de todo linaje de modificaciones. Yo no alcanzo en qué se funda esta proposicion tan general, y no veo como sea posible apoyarla ni en la razon ni en la experiencia.

150. Para sostener que la materia es completamente inactiva, de tal suerte que hasta sea incapaz de

toda actividad, seria preciso conocer su misma esencia, y este conocimiento nos falta. ¿Con qué derecho negamos la posibilidad de un atributo ignorando cuál es la naturaleza del objeto á que debe pertenecer, ó no conociendo por lo menos alguna de sus propiedades, á la cual el atributo repugne? Es verdad que negamos á la materia la posibilidad de pensar, y aun de sentir; pero esta negacion no es legitima, sino porque conocemos de la materia lo bastante para dicha imposibilidad. En la materia, sea cual fuere su esencia intima, hay partes, y por consiguiente multiplicidad; y los hechos de conciencia requieren necesariamente un ser uno y simple (Lib. IX).

No sucede lo mismo con respecto á la actividad; esta cuando no nos ofrece la idea intuitiva de conciencia, nos presenta solamente el concepto indeterminado de un principio de mudanzas propias ó ajenas; lo cual no es contradictorio con la idea de multiplicidad. Finjase que en los cuerpos que se mueven, hay una verdadera actividad, realmente productiva del movimiento en los otros; no hay ninguna contradiccion en que dicha actividad se halle distribuida entre las diferentes partes del cuerpo, las cuales en el momento del choque, produzcan su efecto respectivo causando el movimiento á las partes del otro cuerpo con las que se han puesto en contacto.

151. Tenemos pues que examinada la cuestion á priori, ó por la idea misma del cuerpo, no hallamos ninguna razon para negarle la posibilidad de ser activo. Es verdad que la extension de los cuerpos en cuanto tal, se nos ofrece como una cosa muerta, indiferente á todas las figuras y á todos los movimientos, sin que descubramos en ella ningun principio de actividad (Cap. XIII); mas para que esto pueda probar algo, seria necesario suponer que la esencia de los cuerpos consiste en la misma extension, y que esta

no tiene mas de lo que ofrece á nuestros sentidos, sin que encierre nada en que pueda fundarse su actividad. Lo primero es una opinion, pero destituida de todo fundamento; lo segundo, no puede ser demostrado nunca, pues que se escapa á toda observacion, y no puede ser objeto de investigaciones *à priori*.

152. ¿Cómo podrá probarse que la esencia de los cuerpos consista en la extension? (Lib. III.) Lo que nosotros podemos decir es que la experimentamos, y que toda la naturaleza corpórea se nos ofrece bajo la forma de extensa; en pasando de este punto afirmamos sin ningun fundamento, sustituimos á la realidad un juego de nuestra fantasia. La esencia de una cosa es aquello que la constituye lo que es; aquello que le sirve de fondo íntimo, siendo la raiz de sus propiedades; ¿quién nos ha dicho que conocemos ese fondo, esa raiz en los objetos corpóreos? Nosotros no sentimos nada que no sea extenso, es verdad; no concebimos á qué se reduce el cuerpo en faltándole la extension; tambien es verdad; pero de esto solo se deduce que la extension es una forma bajo la cual se presentan los cuerpos á nuestros sentidos, que esta forma es una condicion necesaria para que pueda ser afectada nuestra sensibilidad; pero no que la forma sea la misma esencia de la cosa; no que en la cosa no haya algo mas íntimo en que radique la forma misma.

153. Si la esencia de los cuerpos consistiese en la extension tal como se ofrece á nuestros sentidos, habiendo igualdad de extension habria igualdad de esencia; las esencias de los cuerpos estarian sujetas á medida como lo están las dimensiones: dos globos de diámetros enteramente iguales serian dos cuerpos esencialmente iguales; á esto se opone la experiencia y hasta el sentido comun. Se nos dirá que no basta la

pura dimension en cuanto sujeta á medida, para formar igualdad de esencias; sino que es necesaria la igualdad de naturaleza de extension de ambos cuerpos; pero yo preguntaré, ¿qué significa *naturaleza* de extension? Si la palabra *naturaleza* no ha de ser aqui una palabra sin sentido, deberá significar algo distinto de la extension en cuanto sometida á nuestra sensibilidad; en cuyo caso inferiré que así como para diversificar las esencias de los cuerpos se finge algo que no se encierra en la extension en cuanto sujeta á la intuicion sensible, tambien se podrá fingir algo que sea capaz de actividad, y que por consiguiente ofrezca á nuestro entendimiento una idea accesoria que vivifique, por decirlo así, ese fondo muerto que hallamos en la extension, considerada como simple objeto de las ideas puramente geométricas.

154. La experiencia es incapaz de demostrarnos la imposibilidad de que los cuerpos sean activos. La inaccion absoluta no puede afectarnos, y de consiguiente no podemos conocerla por experiencia. Lo que podemos experimentar es la accion ó sea el ejercicio de la actividad; pero la inaccion ó sea el estado de una cosa absolutamente inactiva, no puede ser objeto de experiencia: esto es contradictorio.

CAPÍTULO XV

CONJETURAS SOBRE LA EXISTENCIA DE LA ACTIVIDAD CORPÓREA.

155. Ateniéndonos á la experiencia, lejos de que debamos inferir la inercia absoluta de los cuerpos, nos hallamos inclinados á creer que están dotados de actividad. Aunque los sentidos no nos ofrezcan la in-

tuicion de ninguna actividad corpórea, nos presentan no obstante una continua serie de mudanzas, con un órden fijo en los fenómenos del mundo corpóreo; y si algo valen para inferir la verdadera actividad de unos sobre otros, la coincidencia de sus relaciones en el espacio y en el tiempo, la constante sucesion con que vemos que los unos vienen despues de los otros, la invariable experiencia de que para que se sigan los unos basta poner los otros; es necesario que admitamos en los cuerpos verdadera actividad. Esta razon, valga lo que valiere en el tribunal de la metafísica, ha sido en todos tiempos bastante poderosa para convencer á la generalidad de los hombres, y así es que el negar á los cuerpos el carácter de activos se halla en oposicion con el sentido comun.

156. Si atendemos á las relaciones que tenemos con el mundo corpóreo, todo nos induce á creer que hay en los cuerpos verdadera actividad. Sea cuál fuere nuestra ignorancia sobre el modo con que son producidas en nosotros las sensaciones, lo cierto es que las experimentamos en presencia de los cuerpos, que están ligadas con estos por relaciones de espacio y tiempo en un órden fijo y constante, que nos autoriza para pronosticar con toda seguridad lo que debe suceder en nuestros sentidos, si tales ó cuales cuerpos son puestos en relacion con nuestros órganos. La idea de actividad nos ofrece la de un principio de mudanzas en otros seres; los cuerpos las están produciendo de continuo en nosotros, real ó aparentemente. El ejercicio de las facultades sensitivas implica una comunicacion con los seres corpóreos; y en esta comunicacion el ser sensitivo recibe de los cuerpos una multitud de impresiones, que le hacen sufrir continuas mudanzas.

157. Se dice que la experiencia enseña que los cuerpos son indiferentes para el reposo ó el movi-

miento; y se asienta como cosa indudable en los preámbulos de algunas obras de física que un cuerpo puesto en quietud permanecería en el mismo estado por toda la eternidad, y que puesto en movimiento se movería también por toda la eternidad en línea recta y siempre con la misma velocidad que recibiera desde un principio. No sé cómo se han podido conocer por experiencia semejantes proposiciones; yo sostengo que no solo no se han podido conocer, sino que la experiencia parece indicar todo lo contrario.

158. ¿Dónde se ha encontrado jamás un cuerpo indiferente para el movimiento ó el reposo? En todos los terrestres hallamos una tendencia al movimiento, cuando no de otra clase, de gravitacion hácia el centro de la tierra. Los celestes que hemos podido observar, están todos en movimiento; y el cálculo de acuerdo con la experiencia nos los manifiesta sometidos á la atraccion universal: ¿dónde está la indiferencia para el reposo ó el movimiento, atestiguada por la experiencia? Mas bien deberemos decir que la experiencia nos atestigua una inclinacion general de los cuerpos hácia el movimiento.

159. Se nos objetará tal vez que esta inclinacion no dimana de ninguna actividad de los cuerpos, sino que es un simple efecto de una ley del Criador. Sea en buen hora; pero al menos no se diga que la experiencia nos presenta los cuerpos como indiferentes para el movimiento y el reposo; si se quiere, explíquese el movimiento sin actividad, sosténgase que no hay actividad, no obstante las apariencias *experimentales*; pero no se diga que estas apariencias demuestran la falta de actividad.

160. Si pongo sobre mi bufete un cuerpo, permanece en reposo, y allí le encuentro al día siguiente y le encontraré á la vuelta de muchos años. El cuerpo sin embargo, no está indiferente para el movimiento

ó el reposo; allí se está quieto, pero va ejerciendo continuamente su actividad; así lo muestra su presión sobre el bufete que le sustenta. Este ejercicio es incasante, se le experimenta en todos los momentos, como lo prueba el que si se le quiere levantar ofrece resistencia, si se aparta el bufete se cae, si se le pone la mano debajo la comprime, y hace cambiar de forma los cuerpos blandos sobre que pesa.

161. El decir que la atracción del centro de la tierra obra sobre el cuerpo, no prueba nada contra la actividad corpórea, antes bien la confirma; pues que este centro es otro cuerpo, y así quitando la actividad al uno la damos al otro. Además según todas las observaciones, la atracción es recíproca, y por consiguiente la actividad atraente se halla repartida entre todos los cuerpos.

162. El mundo corpóreo, lejos de ofrecernos una masa inerte, nos presenta más bien la apariencia de una actividad que despliega fuerzas colosales. Colosal es la masa de los cuerpos que se mueven por los espacios; colosal es la órbita que describen; colosal la velocidad con que la recorren; colosal la influencia, al menos aparente, que ejercen los unos sobre los otros; colosal la distancia al través de la cual se ponen en comunicación. ¿Dónde está la falta de actividad atestiguada por la experiencia? Raudales de luz inundan los espacios produciendo en los seres sensitivos los admirables fenómenos de la visión; raudales de calórico se extienden en todas direcciones y llevan por todas partes el movimiento y la vida; ¿dónde está la falta de actividad atestiguada por la experiencia? La vegetación que cubre nuestro globo, los fenómenos de la vida que experimentamos en nosotros mismos y en esa muchedumbre de animales que nos rodean, ¿no han menester de un continuo movimiento de la materia, de un flujo y reflujo,

por decirlo así, de acciones y reacciones que los cuerpos ejercen los unos sobre los otros, en la realidad ó en la apariencia? Los fenómenos de la electricidad, del magnetismo, del galvanismo ¿no nos ofrecen más bien principios de mucha actividad, origen de movimiento donde quiera que se hallen, que no objetos indiferentes para el movimiento ó para el reposo? Las ideas de actividad, de fuerza, de impulso, nos han sido sugeridas no solo por nuestra actividad interna, sino también por la experiencia del mundo corpóreo que despliega á nuestros ojos bajo leyes constantes, una continua variedad de escenas magníficas, cuyo origen parece indicar un fondo de actividad incalculable.

163. Véase pues cuán sin fundamento se apela á la experiencia para combatir la existencia de una causalidad corpórea, y cuanto más acordes van con dicha experiencia los filósofos que otorgan á los mismos cuerpos una actividad verdadera. Al señalar los límites de nuestra intuición en lo tocante á la causalidad y actividad en sí mismas (Cap. XI y XIII) he dicho lo bastante para que no se crea que juzgo posible el demostrar metafísicamente la existencia de actividad en el mundo corpóreo; pero no puedo menos de insistir en que si algo vale en favor de la causalidad la relación constante de los fenómenos en el espacio y en el tiempo, si algo vale la sucesión invariable de unas cosas después de otras; es preciso inclinarse á la opinión de que hay en los cuerpos verdadera actividad; que en un orden secundario se halla en los unos la razón de las mudanzas en los otros; y que por consiguiente hay en el mundo corpóreo un encadenamiento de causas segundas hasta llegar á la primera donde está el origen y la razón de todo.

CAPÍTULO XVI

CAUSALIDAD INTERNA.

164. La conciencia nos atestigua que hay en nosotros una verdadera facultad productiva de ciertos fenómenos internos. Es indudable que concentrando la atención por medio de un acto libre de la voluntad, experimentamos una producción de imágenes y de ideas. Las obras de imaginación son una muestra irrecusable de nuestra actividad interna. Las sensaciones nos suministran los materiales en bruto; pero con ellos levanta la fantasía edificios admirables. Aquella nueva forma ¿quién se la ha dado sino nosotros mismos? Preciso es confesar que si carecemos absolutamente de actividad, la naturaleza nos alucina completamente, haciéndonos creer que somos muy activos.

Los simples recuerdos nos ofrecen otra muestra de verdadera actividad. Nos proponemos pensar en un país que hemos visto detenidamente y deseamos recordar sus pormenores: al imperio de la voluntad la imaginación se excita y va desplegando a nuestra intuición las escenas que viéramos en otro tiempo. Se dirá que estas imágenes ya existían y que solo ha sido necesario despertarlas; pero no se puede negar que no existían en acto, pues que no teníamos de ellas conciencia actual; y que para lograr su reaparición ha sido necesario y *suficiente* el imperio de nuestra voluntad. Esta presencia nueva algo añade a su estado habitual; pues bien, ese algo se ha producido dentro de nosotros, con solo quererlo.

Es verdad que no conocemos el *modo* de esta pro-

ducción; pero lo cierto es que la conciencia nos asegura de que sigue inmediatamente a un acto de nuestra voluntad; y que por tanto tenemos cuando menos un vehemente indicio, de que con respecto a esas imágenes, hay en nosotros una fuerza productiva del tránsito de su estado habitual al actual. Lo mismo se puede decir de todos los recuerdos; y si bien experimentamos con harta frecuencia que no podemos recordar todo lo que queremos, esto solo prueba que nuestras facultades activas son limitadas por ciertas condiciones de que no se pueden libertar.

165. Prescindiendo de los recuerdos, ¿quién no ha experimentado la elaboración de conceptos al meditar sobre una materia? Nuestras ideas ¿son las mismas cuando comenzamos a reflexionar sobre un objeto, que cuando hemos meditado sobre él durante largas horas? no ciertamente. A veces no hemos recogido ningún dato nuevo, no hemos leído ningún libro ni oído ninguna observación que nos pudiera ilustrar, y sin embargo por sola la fuerza de la reflexión propia, nos hemos formado ideas claras y distintas, cuando antes solo las teníamos confusas. Con decir que las nuevas ideas son el resultado de otras que se hallaban ya en nuestro espíritu, no se prueba que no haya en el entendimiento verdadera actividad; porque este resultado, sea cual fuere su origen, es siempre una cosa nueva; produce en el alma un nuevo estado; porque ahora sabe perfectamente lo que antes ignoraba del todo, ó conocía muy en confuso. En una curva la relación de la subsecante a la secante, y la de la subtangente a la tangente son ideas geométricas que se hallan al alcance de los entendimientos más comunes; así como la semejanza de los triángulos que se pueden excogitar para comparar unas líneas con otras, y la aproximación sucesiva con que la subsecante se acerca a la

subtangente, y la secante á la tangente; pero de aquí á reducir todos estos elementos á un punto de donde brota con vivísima luz la admirable teoría del cálculo infinitesimal, hay una distancia inmensa; ¿se dirá que los genios que salvaron esta distancia, no pensaron nada nuevo, porque tenían en sí los elementos de cuya combinación resulta la teoría?

166. Si en algunos fenómenos se ve con toda claridad la actividad productiva, es ciertamente en los actos de la voluntad libre: ¿á qué se reduce la libertad, si el alma no produce sus voliciones? Si estas no son mas que fenómenos producidos por otro ser, y en los cuales el alma no tiene otra parte que el ser sujeto de los mismos, la libertad no significa nada. Es hasta contradictorio el decir que el alma sea libre, y negarle al mismo tiempo que sea el principio de sus determinaciones.

167. La simple inteligencia, hasta la mera sensibilidad, y en general todo fenómeno que implica conciencia, parece ser el ejercicio de una actividad; y en este sentido llevo explicado (Cap. XII) que tenemos intuición de la actividad interna. Si entender, si querer, si el tener conciencia de que se siente, no son *acciones*, no sé dónde podremos hallar el tipo de una verdadera acción. El percibir una cosa; el quererla; el acto imperativo de la voluntad para emplear los medios que puedan proporcionárnosla, son indudablemente acciones: y la acción es el ejercicio de la actividad. La idea de la vida nos representa la actividad en su grado mas perfecto; y entre los fenómenos vitales, los mas perfectos son los que implican conciencia; si á estos no los llamamos acciones, es preciso decir que no tenemos ninguna idea de acción ni actividad.

Aunque no conozcamos el *modo* de la producción, tenemos conciencia de esta producción; tenemos in-

tuición de la acción en sí misma. Cuando vemos un movimiento corpóreo, vemos una modificación pasiva; pero cuando experimentamos en nosotros los fenómenos de conciencia, vemos una acción, y por consiguiente tenemos intuición del ejercicio de nuestra actividad.

168. Aquí se ofrece una objeción. Si los fenómenos internos son verdaderamente acciones, ¿cómo es que con tanta frecuencia son independientes de nuestra voluntad? Sufrimos dolores, á pesar nuestro; nos ocupan ideas que quisiéramos desechar; nos ocurren á veces pensamientos con una instantaneidad y espontaneidad, que mas bien parecen inspiraciones que fruto de nuestro trabajo; en casos semejantes, ¿dónde está la actividad? ¿No deberemos decir que estos fenómenos son puramente pasivos?

169. Esta objeción, á primera vista tan concluyente, no prueba nada contra la actividad interna. En primer lugar, podría responderse que el estar el alma pasiva en algunos casos, no prueba que lo esté en todos; y que para afirmar la existencia de la actividad interna, nos basta que haya ciertos fenómenos producidos por ella. Pero ni siquiera es necesario conceder que la actividad no se encuentra en los casos que nos recuerda la objeción; pues que examinándolos á fondo se descubre que aun en ellos, el alma ejerce verdadera actividad.

El nervio de la dificultad consiste en que aparecen en nuestro interior algunos fenómenos sin el concurso de nuestra voluntad, y á veces á pesar de ella; mas esto solo nos conduce á inferir que hay en nuestra alma funciones independientes del libre albedrío, sin obligarnos á creer que estas funciones no sean activas. Con esta observación se desvanece la dificultad. Hay en nuestro interior fenómenos que nosotros no hemos querido, antes que apareciesen, ni

despues ; es verdad ; luego hay en nuestro interior fenómenos en que el alma está puramente pasiva ; lo niego. La consecuencia es ilegítima ; lo único que se puede inferir es que hay en nuestra alma fenómenos para cuya aparicion ó conservacion no es necesario el concurso de nuestra voluntad.

Una cosa semejante experimentamos con respecto al cuerpo : hay funciones que se ejercen independientemente de nuestro libre albedrio , como la circulacion de la sangre , la respiracion , la digestion , la asimilacion de los alimentos , la transpiracion y otras semejantes ; pero las hay tambien que no se ejercen sino por el imperio de la voluntad , como el comer , el andar , y en general todo lo que se refiere al movimiento y posicion de los miembros. ¿Quién prohíbe pues que suceda en el alma una cosa semejante , y que haya facultades activas que se desenvuelvan , y produzcan varios fenómenos sin el concurso de la voluntad ?

No creo que se pueda replicar nada á esta soluciou ; sin embargo , todavia me propongo ampliarla con algunas observaciones sobre el carácter de los fenómenos en que se quiere suponer que nuestra alma está puramente pasiva.

170. Se habla en la objecion de sensaciones dolorosas , las cuales efectivamente presentan un caso en que al parecer la actividad no existe de ningun modo. ¿Quién podría afirmar que un hombre á quien se le aplica un hierro candente , y que experimenta dolores atroces , ejerce en aquello mismo la actividad de su alma ? ¿no es mas conforme á razon , el decir que el alma se halla puramente pasiva , y en un estado muy semejante al de un cuerpo que se comprime por la presion de otro cuerpo ? Actividad , si alguna se ejerce en semejantes casos , es mas bien de reaccion contra la sensacion dolorosa. Si bien se

reflexiona , en estas observaciones no hay ninguna dificultad cuya solucion no se halle en lo que acabo de exponer en el párrafo anterior. Convengo en que la sensacion dolorosa no depende de la libre voluntad del que la sufre , y que la accion libre de este se ejerce contra la misma sensacion ; pero esto no quita que haya en el alma una verdadera actividad en el mero hecho de sentir , y si únicamente que el ejercicio de esta actividad se halla sometido á condiciones necesarias , las cuales cuando existen , son mas poderosas para el desarrollo de ella , que no lo es nuestra voluntad para impedirle. Nada mas cierto que el desarrollo de ciertas facultades activas , independientemente de nuestro libre albedrio : ¿qué cosa mas activa que las pasiones vehementes ? y sin embargo , muchas veces nos es imposible dejar de sentir las ; y es necesario todo el imperio de la voluntad libre , para que no traspasen los límites de la razon.

171. La sensacion en si misma , no puede ser toda pasiva ; y los que sostienen esta opinion manifiestan haber meditado poco sobre los hechos de conciencia. Estos hechos son esencialmente individuales ; y en cuanto hechos de conciencia , son absolutamente incommunicables. Otro puede experimentar un dolor muy parecido y aun igual al que yo siento ; pero no puede experimentar el mismo dolor *numéricamente* considerado ; porque mi dolor es tan esencialmente mio , que si no es mio no existe. Luego el dolor no puede ser me comunicado como una entidad individual ; y para producirle en mí , lo único que se puede hacer es excitar mi fuerza sensitiva para que lo experimente.

Esta observacion manifiesta que las sensaciones no pueden ser hechos meramente pasivos. La modificacion pasiva es *recibida* toda ; el sujeto paciente *no hace* nada. Desde el momento que el sujeto tiene en si algun principio de su modificacion , no es puramente pasivo.

La sensacion no puede ser *recibida* toda; debe *nacer* en el sujeto sensitivo, por tal ó cual influencia, con tal ó cual ocasion; pero el ser que la experimenta ha de contener un principio de su propia experiencia, de lo contrario es un ser *sin vida*, no puede sentir.

172. En la objecion se habla de sensaciones dolorosas como si su necesidad fuera una excepcion de la regla general; pero es de notar que no hay aqui excepcion ninguna, y que todas las sensaciones, sean gratas ó ingratas, son necesarias igualmente, con tal que nuestras facultades sensitivas se hallen bajo condiciones en que pueden desplegarse. Tan necesario es el sentir dolor en la mano si me aplican á ella un carbon encendido, como la vista de un cuadro halagüeño, si me lo ponen delante de los ojos.

173. La espontaneidad de los fenómenos internos, en el orden intelectual puro, ó en el de la imaginacion ó sentimiento, confirma la existencia de una actividad independiente de nuestro libre albedrio, y de ningun modo indica que semejantes fenómenos sean puramente pasivos.

Aquí es de notar una circunstancia importante. El ejercicio de las funciones del alma está ligado con los fenómenos de la organizacion. La experiencia enseña que segun la disposicion del cuerpo, el espíritu se siente con mas ó menos actividad: es una verdad conocida de muy antiguo que ciertos licores generosos tienen su fuerza inspiradora. El estado de la digestion causa sueños pesados y abruma la fantasia con apariciones espantosas; la fiebre exalta la imaginacion ó la abate; á veces produce un aumento de fuerzas intelectuales, á veces causa un estupor en que la inteligencia se extingue. Estos fenómenos cuando se presentan en su grado mas alto, como sucede en una fuerte perturbacion de las funciones orgánicas, ofrecen mas cuerpo á la observacion: pero

esto mismo indica que antes de llegar al extremo hay una extensa escala; de suerte que algunos fenómenos cuya aparicion espontánea nos parece inexplicable, dependerán quizás de ciertas condiciones desconocidas á que se hallara sometida nuestra organizacion. Sea cual fuere la opinion que se adopte sobre la igualdad ó desigualdad de las almas humanas, nadie duda de que las diferencias en la organizacion pueden influir en el talento y en la índole; y que ciertos espíritus de facultades extraordinarias, deben una parte de sus dotes á una organizacion privilegiada.

De estas consideraciones se infiere que lo que se llama espontaneidad del alma, y que tanto llama la atencion de algunos filósofos modernos, es un fenómeno muy generalmente conocido, que ni destruye la actividad interna ni nos dice nada nuevo sobre el carácter de esta actividad.

Es cierto que hay en nuestra alma ciertos fenómenos independientes del libre albedrio; pero tambien es indudable que la presencia de ellos es á veces inesperada y repentina, porque nos son desconocidas las condiciones de organizacion con las cuales se encuentra ligada. Esto, si bien se considera, no es mas que extender á mayor número de casos, lo mismo que observamos frecuentemente en los hechos psicológicos, efectos de causas morbosas; y que además experimentamos constantemente en las sensaciones. ¿Qué es una sensacion, sino una aparicion repentina de un fenómeno en nuestra alma, por efecto de una alteracion del estado de los órganos?

174. No quiero decir con esto que todos los pensamientos espontáneos, y en general todos los fenómenos que aparecen repentinamente en nuestro interior sin preparacion conocida, nazcan de las afecciones de la organizacion; solo he querido recordar un hecho fisiológico y psicológico, cuyo olvido

puede producir divagaciones inútiles, y hasta perjudiciales. Al leer las obras de algunos filósofos modernos que tratan de este punto, parece que se proponen allanar el camino para sostener luego que la razón individual no es mas que un fenómeno de la razón universal y absoluta; y que las inspiraciones, y en general todos los fenómenos espontáneos independientes de nuestro libre albedrío, son indicios de que la razón absoluta se aparece á sí misma en la razón humana; que lo que llamamos nuestro yo, es una modificación del ser absoluto; y que la personalidad de nuestros seres no es mas que una fase de la razón absoluta é impersonal.

175. Lo que se llama la espontaneidad, la intuición de los tiempos primitivos, no puede ser otra cosa á los ojos de la razón y de la crítica, que la primitiva enseñanza que recibió de Dios el linaje humano; todo cuanto dicen en contra algunos filósofos modernos, es una repetición, bien que algo disfrazada, de los sofismas de los incrédulos de todas épocas, presentados bajo engañosas galas por hombres que abusan de su talento. Léanse con reflexión los escritos á que aludimos, despójeseles de algunas palabras altisonantes y enigmáticas, y no se encontrará en ellos nada que no dijera á su modo Lucrecio y Voltaire.

CAPÍTULO XVII

ACLARACIONES SOBRE LA ESPONTANEIDAD.

176. Nada mas fácil que escribir algunas páginas brillantes sobre el fenómeno de la espontaneidad: el genio de los poetas, de los artistas, de los grandes capitanes de todos los siglos; los tiempos fabulosos

y los heroicos; el misticismo; las religiones, todo lo aprovechan algunos filósofos de nuestros días, para escribir trozos, que ni son de filosofía, ni de historia, ni de poesía; y que solo deben mirarse como raudales de palabras, relumbrantes y sonoras, que escritores de fantasía galana y facundia inagotable derraman sobre el abrumado entendimiento del candidato lector. Y bien, ¿á qué se reduce esa espontaneidad, esa inspiración de que tanto se nos habla? Fijemos las ideas, consignando y clasificando los hechos.

177. La razón propiamente dicha, no se despliega en el espíritu humano completamente aislado de otros espíritus; y no bastan á despertarla los espectáculos de la naturaleza. La estupidez de los niños encontrados en los bosques, y la escasa inteligencia de los sordomudos, son irrecusable prueba de esta verdad.

178. El espíritu humano puesto en comunicación con otros espíritus, experimenta un desarrollo en parte espontáneo y directo, en parte laborioso y reflexivo. Este es otro hecho que sentimos todos en nosotros mismos. Los espíritus á proporción de que sus calidades son mas aventajadas, se desenvuelven con mas espontaneidad.

179. De los pensamientos que nos ocurren repentinamente y que nos parecen puramente espontáneos, no pocos son reminiscencias mas ó menos fieles de lo que hemos leído, u oído, ó reflexionado anteriormente; y por consiguiente dimanar de un hecho *paratorio*, del cual no nos acordamos. Así se explica, por qué la inventiva en todos géneros se perfecciona con el trabajo.

180. Como en el desarrollo de las facultades del alma, ejerce poderosa influencia la organización de nuestro cuerpo; podemos decir que la espontaneidad de algunos fenómenos internos, está ligada con ciertas alteraciones de nuestra organización.

181. No hay ninguna dificultad *filosófica* en admitir una comunicacion *inmediata* de nuestro espíritu con otro espíritu superior; y por consiguiente tampoco la hay en conceder que algunos fenómenos internos espontáneos, nacen de la influencia directa que dicho espíritu superior ejerce sobre el nuestro.

182. El género humano no ha tenido primitivamente un desarrollo espontáneo, independiente de la accion del Criador; la filosofía nos indica la necesidad de una enseñanza primitiva, sin la cual el espíritu humano no habría salido jamás de un estado de embrutecimiento y estupidez. Esta última observacion merece algunas aclaraciones.

183. La religion nos atestigua una instruccion y educacion primitivas del linaje humano, hechas por el mismo Dios en la persona del primer hombre: esto es altamente conforme á la enseñanza de la razon y de la experiencia.

Nuestro espíritu posee innumerables gérmenes, pero es preciso que una causa externa los desarrolle. Un hombre enteramente solo desde su niñez, ¿qué seria? poco mas que un bruto: la piedra preciosa estaria cubierta con tierra grosera, que no la dejaría brillar.

La palabra no produce ni puede producir la idea; esto es cierto; la razon de las ideas no está en el lenguaje; la razon del lenguaje está en las ideas. La palabra es un signo: y no se significa lo que no se concibe. Pero este signo, este instrumento, es de un uso maravilloso: las palabras son al entendimiento lo que las ruedas á la potencia de una máquina; la potencia le da el movimiento, pero la máquina no andaría sin las ruedas. Faltando la palabra, la inteligencia podría tener algun movimiento; pero muy lento, muy imperfecto, muy pesado.

184. La Biblia nos presenta al hombre hablando

luego de criado: el lenguaje le fué pues enseñado por Dios. Este es otro hecho admirable que la razon confirma plenamente. El hombre no puede inventar el lenguaje. Esta invencion excede á cuantas se pueden imaginar; ¿y se quiere atribuirla á hombres tan estúpidos como son los que carecen del lenguaje? Menos extraño seria que un hotentote inventara de repente el cálculo infinitesimal.

185. El hombre mas rudo que sabe una lengua, posee un tesoro de ideas mayor de lo que se cree. En el discurso mas sencillo se encuentran muchas ideas físicas, metafísicas y morales. En el grado mas infimo del estado social, se oyen discursos semejantes al siguiente: «no he querido perseguir mas lejos la fiera, por temor de que irritada, no hiciese daño.» Aquí hay las ideas de tiempo, de acto de voluntad, de accion, de continuidad, de espacio, de causalidad, de analogia, de fin y de moral.

Tiempo pasado = no *he*.

Idea de acto de voluntad = *querido*.

Accion = *perseguir*.

Continuidad = *mas*.

Espacio = *lejos*.

Analogia = *irritado*.

Pues que por la irritacion observada en otros casos, se infiere la del presente; y además se conoce la irritacion, por lo que nos sucede cuando nos molestan.

Motivo y fin = *por temor de que irritada, etc., etc.*

Causalidad = *no hiciese daño*.

Moralidad = *el no dañar á otros*.

186. La ciencia va descubriendo la afinidad de las lenguas, encontrándolas reunidas en grandes centros: las lenguas de los salvajes no son elementos, sino fragmentos: no son la palabra balbuciente de la infancia, sino la pronunciacion torpe y extravagante de la degradacion y embriaguez.

187. La palabra no puede producir en el espíritu la idea de una sensación que no tenga : todos los discursos del mundo no darían la idea de color á un ciego de nacimiento. Mucho menos podrán resultar de la palabra las ideas puras, distintas de toda sensación ; y esto es una razón poderosa en favor de las ideas innatas.

188. Las ideas de unidad, número, tiempo, causalidad, expresan cosas no sensibles ; luego no pueden ser producidas en nosotros por ninguna representación sensible expresada por palabras. Sin embargo, estas ideas existen en nosotros como gérmenes susceptibles de un gran desarrollo : primero por la experiencia de los sentidos, y luego por la reflexión. El niño que habiendo acercado su mano á la lumbre se quema, comienza á percibir la relación de causalidad, que luego generaliza y depura. Las grandes ideas de Leibnitz sobre la causalidad, eran la idea de un Leibnitz niño. La diferencia estaba en el desarrollo. Así la organización de la colosal encina, se halla bajo la corteza de la bellota.

Unos han dicho que el entendimiento del hombre era como una tabla rasa en que nada hay escrito ; otros que era un libro que bastaba abrir para leer ; yo creo que se podría comparar á uno de esos papeles escritos con tinta incolorada, que parecen blancos hasta que una fricción de un líquido misterioso hace salir los caracteres negros. El líquido mágico es la instrucción y la educación.

189. Yo quisiera que se me mostrara un pueblo que por sí solo haya salido del estado salvaje, ni aun del bárbaro. Todas las civilizaciones que se conocen están subordinadas unas á otras por una cadena no interrumpida. La civilización europea debe mucho al cristianismo, y algo á la romana ; la romana á la griega ; la griega á la egipciaca ; la egip-

ciaca á la oriental ; y allí se encuentra un velo que con nada se levanta, sino con los primeros capítulos del Génesis.

190. Para conocer al espíritu humano es preciso estudiar la historia de la humanidad : quien aísla demasiado los objetos corre peligro de mutilarlos ; por esta razón se han escrito tantas frivolidades ideológicas que han pasado por investigaciones profundas, no obstante que distaban tanto de la verdadera metafísica como el arte de disponer simétricamente un museo de la ciencia del naturalista.

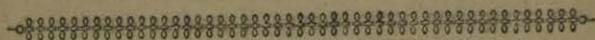
191. Si se defienden las ideas innatas, tampoco se puede negar á nuestro entendimiento una fuerza para componer otras nuevas, á medida que los objetos, y sobre todo la locución, le excitan á ello ; de lo contrario sería menester decir que nada aprendemos ni podemos aprender ; y que lo tenemos ya todo de antemano en nuestro espíritu, como escrito en un libro. Nuestro entendimiento parece una caja donde hay todos los caracteres ; mas para decir algo, ha menester de la mano del cajista.

Esta imagen de los caracteres de imprenta me recuerda un hecho ideológico que importa consignar : hablo del escasisimo número de ideas que hay en nuestra mente, y de la asombrosa variedad de combinaciones á que se prestan. Cuanto hay en el orden intelectual, se puede encerrar en las categorías ; las que, ora se adopten las de Aristóteles, ora las de Kant, ú otro cualquiera, siempre se reducen á muy pocas. Cada idea de esas que se pudieran llamar matrices, se parece á un rayo de luz que pasando sucesivamente por innumerables prismas, y reflejando en muchos espejos, presentase infinita variedad de colores, matices y figuras.

Como nuestro pensamiento se reduce casi todo á la combinación, y esta puede hacerse de tantas ma-

neras, es singular la comunidad necesaria que en las combinaciones fundamentales tienen todos los espíritus. En los puntos secundarios hay divergencia; mas no en lo principal. Esto prueba que la razón humana, en su existencia y en su desarrollo, depende de una inteligencia infinita causa de todos los espíritus, y maestra de todos ellos.

192. En apartándose de estas doctrinas, tan acordes con la filosofía y la historia, la espontaneidad, ya sea del hombre, ya sea del linaje humano, ó no significa nada, ó expresa las vagas y absurdas teorías del panteísmo idealista.



CAPÍTULO XVIII

CAUSALIDAD FINAL. MORALIDAD.

193. Los seres activos que obran por conocimiento, necesitan tener, á mas de su actividad eficiente, un principio moral de sus determinaciones. Para querer, no basta la sola facultad de querer, es necesario conocer lo que se quiere; pues nada es querido sin ser conocido. Esto da origen á la *causalidad final*, esencialmente distinta de la eficiente, y que solo tiene lugar en los seres dotados de inteligencia.

194. Recordando lo que se ha dicho (Cap. X), podemos notar que las causas finales forman una serie distinta de las eficientes; y que lo que en estas es acción física, es en aquellas influencia moral. En la pintura de un cuadro, la serie de la causalidad eficiente es esta: el pincel, la mano, los músculos, los espíritus animales, el imperio de la voluntad.

Con esta serie, siempre necesaria para que el cuadro se pinte, se pueden combinar diferentes series de causalidad final. El artista puede haberse propuesto las que siguen. Lucir su ingenio y esto para adquirir fama; y la fama para disfrutar el placer que se experimenta con una nombradía gloriosa. Otra serie: contentar una persona, para quien se trabaja el cuadro; y esto para que la persona pague una cantidad de dinero; y el dinero, ó para las necesidades del artista, ó para sus placeres. Otra: buscar en la pintura la distracción de una pesadumbre; y esto para conservar la salud. Es evidente que se pueden excogitar muchas series de una influencia puramente moral ó intelectual, series que solo concurren á la producción del efecto en cuanto se combinan con la serie eficiente, influyendo en la determinación del artista.

195. Esta influencia moral puede ejercerse de dos maneras: arrastrando necesariamente la voluntad, ó dejándola con facultad para querer ó no querer; en el primer caso hay una espontaneidad voluntaria, pero necesaria; en el segundo, hay una espontaneidad libre. Todo acto libre es voluntario, mas no todo acto voluntario es libre. Dios quiere libremente la conservación de las criaturas; pero quiere necesariamente la virtud, y no puede querer la iniquidad.

196. Mientras atendemos únicamente á la causalidad de eficiencia, no hallamos mas que relaciones de causas y efectos; pero en atendiendo á la causalidad final, se presenta un nuevo orden de ideas y de hechos: *la moralidad*. Ante todo consignemos la existencia del hecho.

197. Bien y mal, moral, inmoral, justo, injusto, derecho, deber, obligación, mandato, prohibición, lícito, ilícito, virtud y vicio, hé aquí unas palabras

que todos emplean de continuo y aplican á todo el curso de la vida , á todas las relaciones del hombre con Dios , consigo mismo y con sus semejantes , sin ninguna duda sobre su verdadero significado , y entendiéndose perfectamente unos á otros ; cual si hablasen de los colores , de la luz ó de otros objetos de nuestros sentidos. Al oír la palabra lícito ó ilícito aplicada á un acto , ¿quién pregunta lo que significa? Cuando se dice este hombre es virtuoso , aquel vicioso , ¿quién duda sobre el sentido de estas expresiones? ¿Hay nadie que encuentre alguna dificultad en comprender lo que significan estas otras : tiene derecho á ejecutar este acto , está obligado á cumplir con tal circunstancia , este es su deber , ha faltado á su deber , esto está mandado , aquello está prohibido , esto es justo , aquello es una injusticia , esto es una virtud heroica , aquello una maldad , un crimen? No hay ideas mas comunes , mas vulgares ; corren entre los ignorantes , como entre los sabios , en los pueblos barbaros , como en los cultos , en la juventud de las sociedades , como en su infancia y vejez , en medio de costumbres puras , como de la corrupcion mas escandalosa : expresan algo primitivo , innato en el espíritu humano , algo indispensable á su existencia , algo de que no puede despojarse mientras está en el ejercicio de sus facultades. Habrá mas ó menos equivocacion ó extravagancia en la aplicacion de dichas ideas á ciertos casos particulares ; pero las ideas matrices de bueno y malo , justo é injusto , lícito é ilícito , son las mismas en todos tiempos y paises , forman como un ambiente en que el espíritu humano respira y vive.

198. Es notable que ni aun aquellos que niegan la diferencia entre el bien y el mal , pueden prescindir de esta diferencia. A un filósofo que está escribiendo un tratado en que se burla de lo que él llama

preocupaciones del humano linaje sobre la diferencia entre el bien y el mal , decide : « me parece , señor filósofo , que es V. un insigne malvado , pues que de tal modo se propone combatir lo mas santo que hay sobre la tierra ; » y veréis como se olvida de su filosofía , y de cuanto ha dicho sobre el *vano* significado de las palabras virtud y vicio , y se indigna de verse calificado de esta manera , y se defiende con calor , y se empeña en probaros que es el hombre mas virtuoso del mundo , y que en aquello mismo está dando repetidas pruebas de *lealtad* , de *sinceridad* , de *honradez*. Poco importa que allá en sus altas teorías , la honradez , la lealtad y la sinceridad sean palabras destituidas de sentido , puesto que nada significan ni pueden significar , en no admitiendo un orden moral ; el filósofo arrostra sin vacilar una inconsecuencia , ó mejor diremos , ni aun repara en ella : las ideas y sentimientos morales se agitan en su alma desde el momento que se le llama inmoral : deja de ser sofista y vuelve á ser hombre.

199. La idea de este orden moral ¿podrá ser una preocupacion que no teniendo cosa alguna que le corresponda en la realidad , y sin fundamento en la naturaleza humana , deba su origen á la educacion , de suerte que hubiese sido posible que los hombres viviesen sin ideas morales ó con otras directamente contrarias á las que ahora tenemos? Si es preocupacion , ¿cómo es que sea general á todos los tiempos y paises? ¿quién la ha comunicado al humano linaje? ¿quién ha sido tan hábil y tan poderoso , para lograr que la adoptasen todos los hombres? ¿cómo se ha conseguido que las pasiones , hallándose en posesion de la libertad , renunciasen á ella , admitiendo un dique que les impide desbordarse , recibiendo un freno que de continuo las detiene y molesta? ¿Quién fué ese hombre extraordinario , cuya accion alcanzó

á dominar todos los tiempos y países, las costumbres mas brutales, las pasiones mas violentas, los entendimientos mas obtusos, que pudo difundir la idea de un orden moral por toda la faz de la tierra, no obstante la diversidad de los climas, de las lenguas, de las costumbres, de las necesidades, de la variedad en el estado social de los pueblos, y que consiguió dar á esta idea del orden moral, tal fuerza, tal consistencia, que se conserva al través de todas las vicisitudes, á pesar de los mas profundos trastornos, entre las ruinas de los imperios, entre las fluctuaciones y transmigraciones de la civilizacion, permaneciendo como una columna que no pueden conmover las impetuosas olas de la corriente de los siglos?

No hay aqui la mano del hombre; un fenómeno de este género no nace de combinaciones humanas; se funda en la naturaleza misma; es indestructible porque es natural; asi, y solo asi, pueden explicarse su universalidad y permanencia.

200. El negar toda diferencia entre el bien y el mal, es ponerse en abierta contradiccion con las ideas mas arraigadas en el espíritu humano, con los sentimientos mas profundos y poderosos; todos los sofismas del mundo no serán capaces de persuadir á nadie, incluso el mismo sofista, que no hay ninguna diferencia intrínseca entre consolar á un afligido y aumentar su afliccion, entre socorrer á un infortunado y agravar su infortunio, entre agradecer un beneficio y dañar al bienhechor, entre cumplir la promesa y faltar á ella, entre hacer limosna y robar el bien ajeno, entre ser fiel á un amigo y hacerle traicion, entre morir por su patria y venderla alevemente á los enemigos, entre respetar las leyes del pudor y violarlas con descaro, entre la sobriedad y la embriaguez, entre la templanza en todos los actos

de la vida y el desorden de las pasiones desbocadas. No hay razon, no hay ingenio, no hay cavilacion de ninguna especie, capaces de borrar esta linea divisoria. El sofista discute, imagina, finge, sutiliza, pero todo es en vano; la naturaleza está aqui: ella dice al insensato: hasta aqui llegarás, y aqui se quebrantará el orgullo de tus olas.

201. Si no hay diferencia intrínseca entre el bien y el mal, y todo cuanto se dice sobre la moralidad ó inmoralidad de las acciones no es mas que un conjunto de palabras sin sentido, ó que al menos no tienen otro que el recibido de las convenciones humanas; ¿cómo es que mientras el justo duerme sosegado en su lecho, el malvado se agita con el corazón destrozado por los remordimientos? ¿de dónde vienen aquellos sentimientos de amor y de respeto que nos inspira lo que llamamos virtud y la aversion que nos excita lo que apellidamos vicio? El amor á los hijos, la veneracion á los padres, la fidelidad con los amigos, la compasion por la desgracia, la gratitud hácia los bienhechores; el horror que nos causa un padre cruel, un hijo parricida, una esposa adúltera, un amigo desleal, un traidor á su patria, una mano salpicada con la sangre de una victima, la opresion del desvalido, el desamparo de huérfano, la ingratitud con el bienhechor; estos sentimientos ¿no muestran mas claro que la luz de dia, la mano del Todopoderoso esculpiendo en nuestras almas las ideas del orden moral, y fortaleciéndolas con sentimientos que instintivamente, aun cuando nos faltase el tiempo para reflexionar, nos indicasen el camino que debemos seguir?

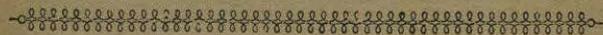
202. No niego que en el examen de los fundamentos de la moral se tropieza con graves dificultades; convengo en que el análisis de la ciencia del bien y del mal es uno de los puntos mas recónditos de la

filosofía; pero estas dificultades nada prueban contra la expresada diferencia. Nadie niega la existencia de un edificio, aunque no se pueda descubrir hasta dónde llegan sus cimientos; la misma profundidad es un indicio de su solidez, una garantía de su duración. La diferencia entre el bien y el mal demostrada *a priori* por los sentimientos más íntimos del corazón humano, se puede evidenciar con solo atender á los resultados que produce su existencia ó no existencia. Admitamos el orden moral é imaginemos que todos los hombres arreglan su conducta conforme á esta *preocupacion*. ¿Cuál es el resultado? el mundo se convierte en un paraíso; los hombres viven como hermanos, usan con templanza de los dones de la naturaleza, comparten su dicha, se ayudan en su desgracia; en el individuo, en la familia, en la sociedad, reina la armonía más encantadora; si el orden moral es una preocupación, necesario es confesar que jamás la hubo de consecuencias más grandes, más saludables, más bellas; si la virtud es una mentira, jamás la hubo más útil, más hermosa, más sublime.

203. Hagamos la contraprueba. Supongamos que la *preocupacion* desaparece, y que todos los hombres se convencen de que el orden moral es una vana ilusión y que es preciso desterrarla del entendimiento, de la voluntad y de las obras; ¿cuál será el resultado? Destruído el orden moral quedará solo el físico; cada cual pensará y obrará según sus cálculos, pasiones ó caprichos; no habrá más guía para los hombres que el ciego instinto de la naturaleza, ó las frías especulaciones del egoísmo; el individuo se convertirá en un monstruo, la familia verá rotos todos sus lazos; y sumida la sociedad en un caos espantoso, caminará rápidamente á su total aniquilamiento. Estas son las consecuencias necesarias del

destierro de la *preocupacion*. El lenguaje mismo quedaría horriblemente mutilado si desapareciesen las ideas del orden moral: una conducta buena ó mala serían palabras sin sentido; la alabanza y el vituperio carecerían de objeto; la misma vanidad perdería gran parte de su pábulo; la lisonja debería limitarse á las prendas naturales consideradas en el orden puramente físico: la palabra mérito, no podría pronunciarse sin caer en el absurdo.

204. Véase pues si hay dificultad de ninguna clase que pueda hacer admisibles tamañas consecuencias: quien, arretrado por las sombras que se descubren al examinar los primeros principios de la moral, se empeñase en negarla, sería tan insensato como el labrador que á la vista de un caudaloso río que fertiliza sus campiñas, se obstinase en afirmar que no existen las aguas fertilizadoras, fundado en la razón de que algunos despeñaderos inaccesibles le impiden acercarse al benéfico manantial.



CAPÍTULO XIX

EXÁMEN DE ALGUNAS EXPLICACIONES DE LA MORALIDAD.

205. Se ha disputado mucho sobre el origen y carácter de la moralidad de las acciones, sucediendo en esta materia lo mismo que en todas las demás: el entendimiento del hombre vacila y se confunde, siempre que trata de penetrar en los primeros principios de las cosas. Como no me propongo escribir un tratado de moral, y si únicamente, analizar los fundamentos de esta ciencia, me limitaré á caracterizar en cuanto me sea posible las ideas y sentimientos primordiales del orden moral, sin descender á